

CAPÍTULO IX

LA DIVINIDAD DE LAS AGUAS

Apenas el capitán don Cornelio Lantejas se vió en plena libertad con sus dos compañeros y á algunos pasos de la hacienda que tan poco faltó para serle tan fatal, cuando se sintió presa del desfallecimiento nervioso de que se veía atacado siempre después de sus intermitentes accesos de heroísmo.

Así pues, casi maquinalmente siguió al Indio que se dirigía, atravesando el río, hacia el lago de Ostuta en donde había desesperado de encontrarse y que él decía no hallarse más allá de una legua.

A medida que don Cornelio se apartaba de la guarida de Arroyo, iba recobrando su sangre fría; y quiso saber entonces cómo se las había compuesto el Indio para escaparse recuperando los papeles á que los tres debían la vida y la libertad.

Con pocas palabras satisfizo Costal su curiosidad, pues todos sus pensamientos se hallaban absortos por la proximidad del lago maravilloso en que esperaba hallar al fin á la divinidad de las aguas, objeto de sus más ardientes votos.

Sin recelar peligro alguno, había caído entre las avanzadas de Arroyo, se le condujo á la hacienda y se le in-

terrogó como sospechoso de espía, pues el guerrillero consideraba como espías á todos cuantos la casualidad entregaba en sus manos.

Ocupado por el momento en visitar todos los departamentos de la hacienda y en torturar á su dueño para obligarlo á declarar lo que deseaba saber, Arroyo había dejado para más tarde el decidir sobre la suerte del Indio. Lo dejó provisionalmente en medio de los soldados que vivaqueaban en el patio.

Arrestado precisamente en los instantes en que creía ver cumplidos sus votos, el Indio fué presa de un acceso de rabia en la primera hora de su detención y de tal desesperación que sería imposible describirla. Poco á poco, sin embargo, fué recobrando su calma habitual y empezó á emplear todos sus recursos para evadirse, pero fueron inútiles.

La única esperanza que le quedaba era que si don Cornelio caía en la misma emboscada que él, las credenciales que éste traía servirían no sólo para la libertad del capitán sino también para la suya.

Costal calculaba con angustia cómo transcurría el tiempo cuando el Gaspacho, listo ya para montar á caballo con dirección á un lugar muy alejado de San Carlos, se puso á referir de qué modo se había apoderado de un dolmán que se había puesto ya y que le llegaba en magnífica oportunidad para reemplazar su vestido hecho jirones.

El Indio conoció inmediatamente por este relato que el capitán estaba también prisionero aunque no lo hubiera visto entrar. Como sus guardianes estaban bien lejos de sospechar su fuerza y su intrepidez, le habían dejado libres sus movimientos. Costal se aproximó al bandido y le reclamó el dolmán como propiedad del oficial á quien acompañaba. El Gaspacho se negó á devolverlo y se lo colocaba después de haberlo mostrado á sus compañeros. Ya había pasado un brazo por una de sus mangas cuando el Indio, con el puñal que ocultaba en su cinturón, hirió al bandido arrancándole la preciosa prenda.

Desde que la tuvo en su poder se la enrolló alrededor del brazo, hizo con el cuerpo del Gaspacho un escudo aún vivo y arrojándolo con prodigiosa fuerza sobre sus enemigos estupefactos, se lanzó á la sala donde habían llevado al capitán. Ya se sabe lo demás.

El Indio y el negro libertados á tiempo, podían llegar al lago antes de la salida de la luna y comenzar, cuando apareciera, las invocaciones á las divinidades de las aguas y de las montañas, Matlacuezc y Tlaloc. Sin embargo, faltaba por arreglar un punto delicado entre el Zapoteca y el capitán.

Tratar de apartar al Indio de sus absurdas y supersticiosas prácticas, era tiempo y trabajo perdidos; y don Cornelio conocía demasiado bien al Indio para intentar semejante empresa. Proponerle acompañarlo no era tampoco lo más conveniente. Cualquiera que sea la religión á que los creyentes pertenezcan, siempre se encuentran molestos por la presencia de los incrédulos durante el ejercicio de su culto.

Don Cornelio pensaba que, en caso de que el Indio hubiera admitido su presencia, no vacilaría en atribuirle á él la cruel decepción que era imposible que dejara de experimentar.

Así, pues, era indispensable que se quedara solo; y esto era lo que menos le halagaba, tan cerca aún de la guarida de los bandidos de Arroyo. Cuando iba á asegurarse de las intenciones de Costal, éste se le adelantó:

— Es poco probable — le dijo — que su señoría pueda encontrar una cabaña habitada tan cerca de estos bandidos. El más miserable rancho debe estar desierto; pero supongo que con tal de que Ud. halle un techo bajo el cual pueda cobijarse...

— ¿Entonces Ud. no quiere que vaya yo también como Ud. á presentar mis respetuosos homenajes á Tlaloc ó á su compañera? — respondió el capitán.

— Yo desearía... mucho mejor... — respondió el Indio vacilando, pues no se atrevía á confesar que la presencia de Lantejas le molestaba — que su señoría fuera...

después de nosotros; y además — añadió vivamente — es un asunto muy serio este de conversar con los espíritus del mundo superior. ¡Toma! vea Ud. al valiente Clara que palidece á esta sola idea! (El rostro de Clara presentaba en efecto una especie de tinte gris de hierro.) Vamos, Clara, todavía es tiempo de retroceder, si es que Ud. tiene miedo.

— Es la luna la que me pone pálido, caray! — exclamó el negro afirmándose en sus estribos, sin pensar que la luna no brillaba aún. ¡No retrocederé ni una pulgada ante el genio de los placeres de oro!

El capitán puso fin á la discusión diciendo al Indio que se explicaba su repugnancia á admitir testigos en sus prácticas supersticiosas; y que por su parte, él era demasiado buen cristiano para querer asistir á un acto que reprobaban sus principios religiosos y que, á falta de una cabaña habitada ó no, la noche era muy calurosa, lo que le permitiría esperarlos á campo raso.

— ¡Pues bien! — concluyó Costal — si dentro de un cuarto de hora no hallamos el techo que buscamos, nos separaremos, pues ya el viento fresco que sopla me indica la proximidad del lago.

Los viajeros continuaron su camino en silencio; pero el aspecto del panorama que iba haciéndose más y más salvaje, alejaba toda esperanza de hallar una habitación por modesta que fuera.

No tardaron los tres compañeros en llegar á la orilla de una extensa y verde pradera. Aquí y allá brillaban como espejos algunas lagunetas dispersas; y una pequeña selva de palmeras rodeadas de espesa vegetación, se alzaba en el centro.

— Vuestra señoría estará allí como en un fuerte. Será invisible tras esos árboles sin perjuicio de ver cuanto pase á su alrededor — dijo Costal.

Don Cornelio, á falta de otro, aceptó aquel abrigo y por segunda vez se separó de sus dos compañeros de camino, á quienes siguió con la vista hasta que la distancia se los ocultó. Cuando desaparecieron, se propuso lle-

gar hasta el centro de la pradera. Por desgracia sucedió lo que era fácil de prever, es decir, que el suelo de la pradera estaba tan húmedo, ó mejor dicho tan mojado, que por cualquier lado que caminaba, se hundía su caballo hasta la cincha y se negaba á continuar.

Después de muchas tentativas inútiles, don Cornelio se vió obligado á renunciar á su deseo de llegar hasta la selva de palmeras; sobre todo cuando la brisa le llevó el fétido olor de almizcle que exhalaban los caimanes desde sus fangosas guaridas.

Sin embargo, para no alejarse mucho de sus dos compañeros, el capitán avanzó en la dirección que acababan de seguir; y se puso á buscar otra posición tan segura como la que le había sido forzoso renunciar.

Don Cornelio temía, con razón, que los bandidos subalternos de Arroyo, deseosos de vengar la muerte del Gaspacho, no tuviesen por el enviado de Morelos las mismas consideraciones que su jefe. No había olvidado tampoco que éste ordenó que se pusieran en persecución de la dueña de la hacienda.

Creyó, en efecto, oír vagos ruidos que lo inquietaron; y aceleró el paso de su caballo.

El negro y el Indio se habían internado entre un bosque de grandes árboles; y cuando el capitán acabó de atravesarlo, encontróse en un extenso llano en medio del cual se habría encontrado como el ciervo lejos de sus malezas, á merced de los hombres sanguinarios de Arroyo.

Una cadena de montañas peladas limitaba por la izquierda aquellos terrenos descubiertos; y cuando hubo marchado un cuarto de hora más, hallóse enfrente de una colina que se destacaba en lontananza y muy pronto vió extenderse bajo sus pies una extensa superficie de agua siniestra y livida.

A su lúgubre aspecto y á vista de una colina coronada de nubes que surgía en medio del manto de agua, don Cornelio reconoció el lago de Ostuta sin haberlo visto jamás.

La casualidad le había hecho llegar allí á pesar suyo; y

su curiosidad, repentinamente picada, se hizo tan imperiosa que resolvió satisfacerla. Su conciencia de cristiano le reprochaba un poquillo esa curiosidad; pero el capitán concluyó por persuadirse de que, lejos de cometer una falta asistiendo por así decirlo á una ceremonia pagana, era por el contrario, una obra meritoria la de asistir á la confusión de un infiel.

A corta distancia le pareció que un bosque sombrío y tupido, el mismo en que don Mariano había acampado, y por encima del cual bosque veía elevarse la copa de las altas palmeras, le ofrecía más favorable punto de observación.

Subiendo á uno de los árboles que formaban la orilla del bosque, podía dominar toda la extensión del lago, garantizándole completa seguridad, el profundo silencio que reinaba.

Elegió uno al cual le pareció que le sería más fácil subir, amarró el caballo á las ramas bajas y con la carabina en bandolera trepó hasta un punto desde el cual podía girar su vista sin ningún obstáculo.

Pocos instantes después, apareció la luna en todo su esplendor. ¿Dónde se hallaba Costal en aquella hora solemne tan esperada por él? Esto era lo que el capitán se preguntaba, cuando de repente creyó que surgían á la luz de la luna, la superficie del lago y la colina sumergida entre sus aguas y aún el bosque á cuyo abrigo estaba.

Fulgores extraños parecían exhalarse de los flancos del cerro y llegaban á sus oídos murmullos jamás escuchados.

El sistema nervioso del antiguo estudiante de Teología comenzó á excitarse y se arrepintió, pero ya tarde, de haber ido á ese lugar desierto donde quizás se verificarían tan singulares sucesos. Su mismo aspecto salvaje, creemos haberlo dicho ya, infundía involuntario terror en el alma.

De repente se estremeció, como un instante antes se habían estremecido los dos criados de don Mariano al ver á un hombre, un Indio que acababa de aparecerse

en las orillas del lago. Sólo que su espanto fué de más corta duración, pues á la claridad de la luna reconoció á Costal en el hombre que apartaba con las manos las zarzas del lago.

En la posición elevada en que se hallaba, pudo distinguir lo que los criados no veían : á otro hombre igualmente desnudo. Era el negro ; y era lo más extraordinario en aquel extraordinario cuadro, aquellos dos atléticos cuerpos : el uno rojo como el bronce florentino ; el otro negro cual si le hubieran tallado en ébano. Uno y otro se arrojaron á nado y rápidamente se ocultaron á su vista lo mismo que á la de los criados de don Mariano.

Aunque experimentaba casi la contrariedad del espectador á quien de repente se le oculta el espectáculo principiado, bastó la presencia de aquellos dos hombres que él sabía que le eran adictos, para disipar su pasajero espanto. Reflexionó el capitán que durante su ausencia se hallaría más seguro en la copa de su árbol que en lugar descubierto y se quedó agazapado en su observatorio.

Era la intención de don Cornelio estarse allí hasta el momento en que viera de nuevo á sus dos compañeros de aventuras. Contaba con dejarles tiempo para vestirse y montar en sus caballos ; y bajando entonces de su árbol, galopar tras ellos hasta reunírseles y referirles cualquier fábula que se proponía inventar llegado el momento.

Pero el tiempo transcurría, la luna continuaba hacia el cenit y ni Costal ni el negro reaparecían sobre la superficie del lago.

Mientras que los criados de don Mariano juraban que el Indio que buscaba su corazón desde hacía quinientos años se les había aparecido y que no volverían á verlo, el capitán con mejor razonamiento se imaginaba que ambos aventureros habían tomado tierra en el cerro consagrado en otros tiempos, á Tlaloc, dios de las montañas.

Luego, algunas sordas y lejanas detonaciones que el

silencio de la noche permitía oír, dieron otro curso á los pensamientos de don Cornelio, que vanamente trataba de adivinar la causa, pues estaba bien lejos de sospechar el vivo ataque dirigido por don Rafael y sobre todo, de imaginarse que la puerta de la hacienda acabara de caer bajo los cañonazos cuyo rugido oía en lontananza.

No se atormentó mucho tiempo el capitán con estas ideas ; y pasado el primer momento de susto y tranquilizado con el pensamiento de que se hallaba cerca de sus dos fieles servidores, no tardó en experimentar, como aconteciera al coronel la noche precedente, un irresistible deseo de dormir. Sus párpados se hacían pesados á medida que su espíritu se iba calmando.

Como el coronel Tres Villas, contó con el azar en cuyas manos se hallaba por decirlo así ; y, como lo hiciera don Rafael, se amarró al árbol que le servía de asilo y se durmió prontamente con tranquilo sueño, sin que nada le turbase en la primera hora.

No debía ser lo mismo durante la segunda que le llevó un sueño tan imprevisto como terrible.

No estaba don Cornelio tan profundamente dormido que no oyese un ruido inexplicable que hirió sus oídos en medio de la soledad. Despertó sobresaltado porque le pareció distinguir el claro sonido de una campana.

El capitán escuchó sonriéndose de haber soñado en su árbol las campanas de su aldea natal ; pero aquello no era un sueño. Se reproducía el mismo sonido y con gran sorpresa suya contó hasta doce campanazos claros y distintos como los de la campana de un reloj á media noche.

Esa podía ser en realidad la hora que la luna señalaba y don Cornelio no pudo menos de experimentar un segundo acceso de estupor, pues en medio del mudo y sombrío paisaje que rodeaba, no veía sino las cumbres peladas de los cerros y la llanura en que no se levantaba campanario alguno de hacienda ó de aldea.

Aún temblaban en el aire las vibraciones de la campana y era evidente que partían del lago y de los vidriosos flancos del cerro encantado.

Dijérase aquello una señal á que despertaban de su sueño secular las divinidades indígenas.

La luna subía; y las olas de luz que derramaba sobre el lago, penetraban hasta el fondo de sus cañaverales.

No tardaron en crecer cuando despertó los vagos rumores que don Cornelio había creído oír durante su sueño al punto de convertirse en aullidos prolongados como jamás los había oído en su vida.

Los tigres habían rugido por encima de su cabeza en una noche semejante á aquélla; pero los aullidos de los jaguares, los del león y los mugidos de los toros salvajes, no sonaban tan espantosamente como los ruidos que en aquellos momentos le atormentaban.

Parecían exhalarse de enormes pulmones de un animal de raza ignorada y gigantesca.

Esta vez el capitán tembló de pies á cabeza y seguramente se habría desplomado á tierra si no hubiera estado sólidamente atado en lo alto de su árbol.

El caballo del capitán participaba de su terror: crujieron las malezas de su alrededor, rompió violentamente la brida y don Cornelio le vió lanzarse á la carrera fuera de la selva que tan terribles huéspedes parecía cobijar. Sus ojos espantados lo siguieron y no lo vieron detenerse sino hasta que se hubo reunido á los caballos del Indio y del negro.

Aquellos aullidos y aquellos campanazos de reloj en el desierto, conmovieron las creencias de don Cornelio; y hubo un instante en que no vaciló en creer que oía la voz del genio que Costal intentaba evocar.

No era el capitán Lantejas el único que se asustaba. Reunidos en apretado grupo á dos tiros de fusil de él y ocultos entre el follaje, los criados de don Mariano habían contado con igual sorpresa, con no menos terror, los doce campanazos que acababa de dar el reloj invisible.

Su amo también hacía vanos esfuerzos para explicarse lo que pasaba á su alrededor.

Gertrudis despertó exhalando un grito de espanto

cuando llegaron hasta ella los terribles aullidos que resonaban en el bosque y en el lago.

Los mismos Siete Durmientes habrían despertado de su eterno sueño ante aquel horrible estrépito.

Castrillo se mostró de repente en el claro en que se hallaban don Mariano y su hija. El desaliento y el terror se pintaban en su rostro.

— ¿Qué desgracia viene Ud. á anunciarnos? — exclamó don Mariano asombrado por la palidez de su rostro.

— Ninguna, señor don Mariano, ninguna si no es la de que nos encontramos en un lugar maldito de que debemos huir lo más pronto posible — respondió Castrillo.

— Aliste ante todo las armas porque los jaguares están cerca.

— Jamás tigre alguno ha aullado así — dijo el criado moviendo la cabeza — y son inútiles las armas cuando los espíritus de las tinieblas se hacen oír. ¡Oiga!

Aquellos aullidos, lo hemos dicho ya, no se parecían á ninguno de los que lanzan los animales de los bosques ó de las llanuras.

— Muchos signos extraños han marcado el curso de esta noche — continuó Castrillo — para que no sea una locura quedarse en un lugar en donde parecen trastornadas todas las leyes de la naturaleza, donde los muertos salen de sus tumbas, donde las campanas resuenan lejos de toda habitación, donde, en fin, los demonios aullan en las tinieblas ¡Huyamos, señor don Mariano, todavía es tiempo!

— ¿Y adónde huir? — exclamó don Mariano con angustia. — ¿Acaso es capaz de soportar la marcha esta pobre niña?

— Mientras que Ud. pide á Dios que nos aparte del peligro que nos amenaza, nosotros cargaremos prontamente las mulas con la litera — replicó el criado — pero démonos prisa, no hay un instante que perder porque no me sería posible evitar que huyeran mis compañeros y yo mismo...

— ¡ Quedarme sola aquí ! — interrumpió á su vez Gertrudis temblando. ¡ No, no ! ¡ Aunque fuera á pie me siento con fuerzas para huir también !

— ¡ Pues bien ! Hágase como Udes quieran — respondió don Mariano. — Trataremos de llegar á San Carlos.

Castrillo se apresuró á reunirse con sus compañeros ; pero cuando se trató de ir por las mulas y por los caballos empotrados en otro lugar del bosque, nadie se atrevió á aventurarse.

— Vamos los cuatro — dijo Castrillo.

Y sus compañeros le siguieron temblando y persiguiéndose con una rapidez casi frenética cual si hubiesen querido conjurar toda una legión de demonios.

Lo que don Mariano y sus gentes iban á intentar, es decir, la huida á través de las tinieblas, no lo hubiera intentado don Cornelio por todos los filones de oro de la tierra.

Clavado por el espanto en la copa de su árbol, maldiciendo siempre la loca curiosidad á que había cedido, continuaba con el oído atento á lo que él se imaginaba ser un espantoso diálogo entre la divinidad indígena y su intrépido adorador, cuando los aullidos cesaron bruscamente.

Al horrible estrépito sucedió de repente un sombrío y aterrador silencio. Dijérase que el espanto había hecho enmudecer todas las voces de la naturaleza.

Pero poco tiempo después, el silencio fué interrumpido por extraños ruidos, vagos y confusos, parecidos á humanas voces oídas á lo lejos y que parecían exhalar por detrás de la cadena de colinas que limitaba el lago por el norte.

No dudó don Cornelio de que fuesen aquellas las voces de Costal y de Clara que regresaran después de su tentativa, pues los aullidos que oyera no podían ser sino de Tlaloc y Matlacuezc vencidos.

No tardó sin embargo el capitán en desengañarse.

En la dirección del camino que había seguido para llegar, distinguió luces que avanzaban hacia el lago.

A juzgar por la rapidez con que aquellas luces cambiaban de lugar, indudablemente eran llevadas por hombres á caballo. El capitán veía muy distintamente el grupo que formaban los dos caballos de Costal y de Clara con el suyo : no podían ser pues, ni el Indio ni el negro quienes condujeran aquellas luces.

Así pues, no podía por desgracia dudarse que fuesen Arroyo y sus terribles bandidos.

Poco rato después, en efecto, apareció á la orilla del lago un batallón de jinetes entre los cuales don Cornelio reconoció á Arroyo y á su compañero Bocardo con antorchas en la mano.

Los bandidos se dirigían ya á uno, ya hacia otro lado ; y cuando estas idas y venidas terminaron, les vió encaminarse hacia el lado opuesto á aquel en que estaban los tres caballos y explorar con ansiedad la superficie del agua y las cañas de la orilla.

A una señal dada, las antorchas se apagaron y todo quedó envuelto en momentánea obscuridad á los ojos de don Cornelio, pues la luz de la luna parecía pálida después del brillo de las antorchas.

El capitán habría deseado avisar á sus dos compañeros del peligro que corrían con la presencia de los bandidos de Arroyo. ¿ Pero cómo hacerlo ?

Por su parte, la servidumbre de don Mariano, á vista de aquellos hombres armados entre los cuales don Mariano y su hija reconocieron también á sus dos antiguos vaqueros, se quedaron inmóviles con la litera de doña Gertrudis ya cargada y lista para salir.

Don Cornelio seguía con mirada inquieta todos los movimientos de Arroyo ; y al fin se tranquilizó al verle dar la vuelta al lago seguido de su tropa y alejarse.

Gracias á la claridad de la luna, la vista del capitán podía penetrar casi hasta el fondo de los cañaverales. Las orillas del lago estaban otra vez desiertas y sus aguas silenciosas y tranquilas. De repente creyó ver don Cornelio una ligera agitación entre las plantas del pantano que crecían á lo largo de las orillas.

En el mismo instante apareció entre los ramos verdes y hojas agudas de las gladiolas, una sombra vaga é indecisa, sombra que, levantándose insensiblemente, tomó distintamente las formas de una mujer.

Se hallaba vestida con una saya blanca; y sus cabellos esparcidos en desorden, flotaban sobre sus hombros.

Un frío sudor inundó la frente del capitán. Fascinado por aquella extraña aparición, sus ojos espantados se fijaron en ella sin poderlos desprender. Era, no había duda, la compañera de Tlaloc, la terrible Matlacuezc que salía del húmedo palacio en que habita, allá en las profundidades del lago de Ostuta, á las invocaciones del descendiente de los viejos caciques de Tehuantepec...

CAPÍTULO X

EL MENSAJE

Desde el momento en que vimos á Costal y á Clara apartando las zarzas y cañas de la orilla del lago para espantar á los caimanes, después lanzarse á las aguas fangosas, aprisionados ambos por ese fatalismo ciego del Indio que le hacía desafiar temerariamente á los lagartos como había desafiado antes á los tiburones, el lector ignora completamente lo que había sido de ambos personajes. Vamos á conducirlo á la escena; pero ante todo, es necesario que los sigamos unos instantes á fin de explicar cómo lo fantástico ha servido de prólogo al drama real cuyo desenlace no tardará en verificarse.

Cuando los dos amigos desaparecieron entre la sombra que proyectaba el cerro encantado, no tardaron, como el capitán se imaginó, en tomar tierra en la colina misma.

El Monapostiac no es más que un inmenso bloque de obsidiana de un verde negruzco dispuesto en largas capas verticales é irregulares separadas las unas de las otras. Tal es la causa de las ranuras que se observan en sus flancos. Herida por los rayos del sol ó de la luna, aquella materia vidriosa toma una especie de suave transparencia que, unida á la niebla espesa de que se corona la cumbre